

Route 66.

Dandelion

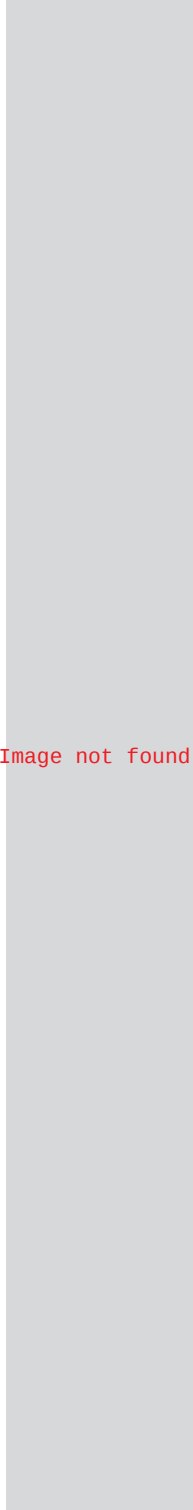


Image not found.

Capítulo 1

22 de Abril de 2016.

Parecía ser. Eso es.

Los comienzos de las historias nunca se me han dado realmente bien.

Menos cuando no sé cómo demonios empezar a contar una de las pocas historias que recuerdo totalmente, desde un principio hasta un final.

Creía que los principios tanto como los finales eran cruciales para saber si se trataba del principio de una buena historia, o para saber si un buen final procedía a terminar una buena historia. Sin embargo, no sé nada acerca de los principios y finales de las historias, y sé que estoy empezando a contar esto hablando sobre que no sé cómo comenzar.

Siento la complicación, puede que incluso la ironía del asunto. Supongo que os esperáis una bonita, común y gran historia. Sin embargo, ésta es de esas historias que cambian de parecer a medida que las cuentas. Va cambiando todo a medida que vas contando, vas cambiando de punto de vista, de idea, de sentimientos. Vas contrastando todo aquello que alguna vez te pareció complicado.

Por sí, sientes primero felicidad, cuando otro pueda sentir tristeza.

¿Qué tal si nos adentramos en la Ruta 66, perdiéndonos en ella? Sintiéndonos durante un simple segundo, libres de todo por qué, de toda respuesta, sintiéndonos vacíos, yendo incluso más rápido que la luz en el mismo vacío.

No se me dan del todo bien los comienzos, pero parecía ser. Parecía ser una gran historia. Sin embargo, es sólo otra más. Eso sí, desde mi punto de vista.

Capítulo 2

Capítulo 1: Begin.

Leila:

Domingo, 1 de marzo de 2015.
2:34 a.m.

Punto de vista: Chica de papel y aparentemente reservada.

Sé un poco de todo. Sé sobre lo que debería saber. Sé sobre la aventura y lo que forma parte de ella. Sé sobre una gran variedad de letras, números e incluso ecuaciones que se han ido presentando a lo largo de los años. Sé sobre metáforas, ironías y eufemismos con los que explicar mis pensamientos. Sin embargo, no sé lo que es sentirse viva. Aún no.

El ruido ensordecedor permanece durante unos segundos más, hasta que abro mis ojos y acerco mi cabeza lo más rápido que puedo a la superficie. Aspiro y suspiro aire, mientras me aclaro la vista rozando mis ojos con las palmas de mis manos.

—Nuevo récord. —Sonríe él. —Dos minutos, cincuenta y seis segundos. —sonríó.

— ¿Que tal con el telescopio? ¿Te servirá para el máster?—digo.

—Ten por seguro que sí.

Asiento a modo de respuesta, mientras cojo impulso con mis manos y me siento en uno de los cuatro lados de la poco espaciosa, pero profunda piscina. Alex vuelve su atención al telescopio, y escucho *Somewhere in neverland* de *All Time Low* a lo lejos, en un volumen bajo. Me levanto, cojo el largo jersey de encima de la silla y mientras me lo voy poniendo me acerco a Alex, pasando uno de mis brazos por encima de sus hombros.

—Gran noche despejada para dos amantes del Universo, ¿No te parece?—el sonríe mientras me mira de reojo, apartándose del telescopio.

—Sí. —dice. —Me lo parece.

Nos quedamos unos minutos en silencio, los dos mirando hacia algún punto de la oscura noche y el cielo que la adorna.

— ¿Lo tienes todo preparado ya?—suelta, después de unos minutos.

—Creo que sí.

—Mmm... Creo que mientras lleves tus siete libros favoritos, tu cámara *polaroid* y tus veintidós discos favoritos, podrás sobrevivir.

—Que gracioso, ja ja ja.

—Y eso sin contar tus series, películas, camisetas favoritas y obviamente, tu *Penny Board*.

—Cállate, anda. Te ves más guapo sin hablar y lo siento, pero sé que la gran mayoría está de acuerdo conmigo en eso.

Él niega con la cabeza, mientras se ríe y me abraza pasando su brazo por encima de mis hombros. Cierro los ojos durante unos minutos, escuchando la voz de Calum Hood en *Disconnected*.

—¿Sabes qué?—digo.

—¿Qué?

—Te extrañaré, idiota.

—Oh, esto es un milagro. —me río. —Mi queridísima chica rebelde se ha vuelto cursi.

—Cállate, en serio. —me río, dándole con la palma de mi mano en la frente.

—Y dime, ¿Te enamorarás de un motero?—mi siguiente expresión hace que Alex se ría a carcajadas. —Está bien, está bien. —dice. —Pero, ¿Qué te parece si tienes cuidado?—sonrío.

—Claro que lo tendré.

—¿Y te cuidarás bien sola?

—¿No lo he hecho siempre?

—Más bien no. Tendrás 21 años, pero no.

—Cuídate tu también, Alex.

Nos reímos, poniendo nuevamente nuestra atención en las estrellas del cielo.

—Lo del motero iba en serio, eh. No te conviene enamorarte de un motero empedernido.

—Deliras, querido amigo. Si me divierto con alguien, no tendrá que ser precisamente con tonterías de "te quiero". —Alex se ríe un poco.

—¿Y te guiarás con las estrellas?

—O con los carteles que vaya viendo, quizá. —él me da un golpe flojo en el hombro y se ríe.

—Que bonito para una recién graduada en Astronomía.

—Claro. —me río.

—Quiero que disfrutes mucho de este viaje, Leila. Sé todo el tiempo que llevas esperando poder hacerlo y quiero que lo disfrutes.

—Lo haré. —sonrío. —Será lo principal.

Alex me acerca una de las tazas de Menta Poleo que se encuentran en la mesita de al lado del telescopio. Tomo un poco, mientras él vuelve a mirar por el telescopio y presta toda su atención en él.

—Ha pasado tanto tiempo desde la primera vez que entraste en la clase de Lesten con toda tu apariencia de chica de papel.

—Y yo solo me pude fijar en el chico de la fila número cinco, que tenía un pelo parecido a Michael Clifford, una camiseta de *Slipknot* y un cierto parecido a mi amor platónico, Alex Gaskarth.

—Ironías de la vida.

—¡Y tan ironía!—exclamo, provocando que Alex tape mi boca con una de sus manos.

—Son las dos de la madrugada, loca. —se ríe.

—¡La noche es joven!—digo, -o más bien grito- mientras me quito el jersey rápidamente y voy corriendo a la piscina.

En cuanto entro, el peculiar sonido que se encuentra debajo del agua me recibe y para cuando salgo a la superficie, compruebo que *Time Bomb* de *All Time Low* está a un volumen alto y que Alex viene en dirección a mí. Me río. ¿Qué haría sin mi idiota, pero mejor amigo Alex?

Austin:

Sábado, 28 de febrero de 2015.
21:30 p.m.

¿Quién me había mandado a mí a venir a Chicago? ¿Quién? Ah, sí. Cómo no. ¿Quién iba a ser si no? Mi queridísimo amigo Andrew. Nótese mi ironía.

Mi cara de aburrimiento extremo no se puede superar, y pese a que sé que mi actitud puede molestar a mis amigos más cercanos, simplemente me es inevitable mantener otra cara.

Sé que las *fans* que se encuentran al lado nuestro observando la entrevista de nuestros demás amigos, pueden estar viéndome ahora mismo e incluso, haciendo algo como: aburrimiento extremo como (foto de mi cara actual) Austin James Miller.

La verdad, no me apetecía venir a Chicago. Simplemente eso, no me apetecía. Sin embargo, tenía ganas de salir de la guarida que comparto con Andy durante un rato, solo que no a un lugar en otro continente que queda cruzando un océano. Un lugar como Chicago.

Ugh, creo que voy a bostezar... no bosteces, Austin... no... mierda, aguanta... ya está, bostecé y me he llevado unas malas caras de Andy y Rachel. Genial.

Miro la hora de mi móvil, sonriendo internamente. Solo escasos minutos para largarme a mi habitación.

Pongo atención en la entrevista, acomodándome en el asiento. Escucho la respuesta que da Chris, con la que termina de contestar a la última pregunta que tiene programada. Acto seguido, Chris, Jake, Johnny, David y Dennis se despiden, levantándose de sus sillas y agradeciendo a todo aquel que vino a verles. Tan rápido como vemos que se van los chicos y termina, Rachel y Andy se levantan, ambos mirándome divertidos cuando ven que no me levanto.

— ¿Te has quedado pegado al asiento? Vamos, Austin. —dice Andy, riéndose un poco.

— ¿A dónde iremos ahora?—digo levantándome.

Empezamos a caminar, fijándonos en la salida más cercana que hay y dirigiéndonos a ella.

—A la cena de despedida y después a la fiesta que hemos organizado.

—dice Rachel, esta vez, bailando un poco.

— ¿Y esa fiesta podría ser opcional?

—Oh vamos Austin, el restaurante está en un sitio genial en el centro, y el sitio donde haremos la fiesta está por ahí cerca. Vendremos pronto, como siempre hacemos.

Antes de que pueda decir algo más, o más bien protestar y/o poner una

excusa para quedarme en el hotel, Rachel coge uno de mis brazos y Andy otro, llevándome hacia la entrada del hotel, donde hay una camioneta y puedo distinguir que están algunas bandas dentro, como *Scorpions*, *Kiss* y *Mötley Crüe*.

(...)

1:30 a.m.

Cuatro horas más tarde aquí estoy, riéndome de las tonterías y los malos chistes que cuenta Ethan, que está un poco borracho. Me encuentro junto a él y a Abby, la cual está viendo su móvil y se ríe de vez en cuando de lo que dice Ethan.

Todos se están divirtiendo, algunos bailando, otros bebiendo o sacándose fotos. Se la están pasando más que bien, por lo que puedo llegar a notar.

Le doy un par de palmaditas a Ethan en la espalda y le digo que vuelvo enseguida. Él asiente y se va a buscar más bebida a la barra.

— ¿Estás bien, Austin?

—Solo necesito salir un momento. —digo, medio sonriendo, medio haciendo mueca. —Ahora vuelvo, Abby.

—Está bien. —sonríe ella. —Te espero aquí.

Me levanto, alejándome y yendo en busca de una salida. Para cuando la encuentro, salgo, encontrándome con una noche bastante fría e iluminada. Por alguna razón me resulta extraña, la luz de la luna está más fuerte que otras veces, el cielo está muy despejado y las estrellas se llegan a ver con más claridad que la mayoría de los días que he pasado aquí.

Un fuerte ruido de una canción de *rock n' roll* interrumpe mis pensamientos y veo que es un grupo de personas que pasan a la velocidad de la luz, subidos en lo que parecen ser motos.

Me acerco más hacia donde se encuentra la alborotada carretera, quedando a un metro de donde hay un cartelito que pone «*Historic Illinois U.S. 66 Route - begin*». Me siento estúpido durante unos segundos, hasta que reacciono al saber el por qué pasan grupos de moteros a estas horas de la noche, exactamente a la una de la madrugada.

El comienzo de la Ruta 66 queda a nada más y nada menos que a un metro de donde estoy ahora de pie. Camino por la acera, viendo los carteles con los nombres de los locales que rondan por ahí, hasta que veo a un taxista aparcado en la acera de enfrente. Camino hacia el paso de peatones más cercano y voy a un paso verdaderamente rápido, hasta que llego a estar frente al taxista.

— ¡Hola! —saludo con mi mano, muy animado para mi gusto, a lo que me doy un golpe en la frente mentalmente. —Mmm... ¿Podría llevarme al Hotel Hilton?

—Claro muchacho, sube.

Tal como dice, me subo en el taxi, y después de encender el motor y el GPS, empezamos a alejarnos de allí. Sin duda alguna, no a Chicago y a

sus convenciones inesperadas.

Leila:

4:45 a.m.

Alex me ayuda a subir mi última maleta a la parte trasera de la camioneta. Acto seguido, me mira durante unos segundos y me abraza, a lo que rápidamente le correspondo el abrazo.

— ¿Sabes que te extrañaré yo también, no?

—Solo serán dos o tres meses.

—Cuando puedes hacerla perfectamente en tres semanas.

—Sabes que quiero ir a cada sitio oculto que esconde la Ruta 66.

—Y espero que los encuentres. —sonríe él mientras se aleja de mí, deshaciendo el abrazo. —Cuídate, y háblame de vez en cuando.

Antes de que pueda decir algo más, me alejo de él, subiéndome en el asiento de piloto de mi camioneta y poniendo uno de los tantos discos que tengo en la guantera. Me vuelvo a despedir de él, solo que con un movimiento de mano.

Miro un momento hacia atrás a través del espejo retrovisor una vez que me estoy alejando de mi edificio donde se encuentra mi departamento, viendo como Alex está entrando en éste. Si no fuera por ese peli verde de ahí, realmente nunca podría haberme aventurado de tal forma. Y es que, qué gran idea la de aquel día de finales de Noviembre cuando llovía a cántaros y veíamos «Hacia Rutas Salvajes».

(...)

5:15 a.m.

Los carteles de que la ruta está cada vez más cerca van apareciendo a medida que me acerco más a la esquina de la calle Jackson y Michigan Boulevard. Son tan solo las cinco y cuarto de la madrugada, con lo que en menos de una hora al fin amanecerá y podré dar comienzo a la aventura. Tan solo unos simples minutos.

(...)

5:53 a.m.

Cada mañana, una nueva panda de moteros con el pelo más largo que yo, numerosos *piercings* y chaquetas de cuero con parches de logos de grupos salían hacia la tan temida y famosa Ruta 66.

Ahora, unos cuántos miraban sus motos y observaban con cautela que todo estuviera en su sitio y de buena manera.

¿Quién lo diría? Cuando estudiaba hace pocos meses, siempre solía pasar por el principio de la ruta viendo como nuevos moteros venían y se iban, adentrándose a ésta. Solía quedarme los amaneceres allí, pensando

que algún día podría adentrarme en las largas carreteras cuando se llega a ellas después de alejarse de la ciudad, tal como ellos. Todo lo que me ha llevado, hasta estar finalmente aquí.

Con mi coche, todos mis discos, mi cámara *polaroid* y una maleta en la que llevo lo suficiente como para estar durante todo este tiempo por las infinitas carreteras, comiendo en las típicas cafeterías americanas y durmiendo en moteles que pueden poseer algún que otro club con buena música en la azotea.

Highway to Hell de AC/DC empieza a sonar a un volumen lo suficientemente alto, en un coche que pasa a la par mía. Esto hace que la mayoría de las personas que estamos aquí, entremos en ambiente.

El amanecer está a punto de pasar a ser un nuevo día, a lo que todos nos vamos preparando, y en cuestión de segundos, el sol se asoma por el horizonte colándose entre los edificios.

Cuánto había esperado esto.

Giro la llave, haciendo que el coche se encienda. Bajo el freno de mano, poniendo la velocidad en primera y empezando a arrancar mientras escucho el insoportable sonido de las innumerables motos, que se alejan rápidamente, perdiéndose de mi vista en un momento.

Sonrío al escuchar el comienzo de *Bloom* de *Nirvana* en otro coche que va a mi lado, pero que en cuestión de segundos se aleja. Cambio la velocidad a tercera, pisando el acelerador. Y al igual que los moteros, experimento el perderme de vista, al menos tan solo una vez.

Austin:

4:35 a.m.

Subo mis maletas, siendo ayudado por un nuevo taxista, aunque este taxi a diferencia del otro, me llevará directamente al Aeropuerto, lejos de esta estresante ciudad. Cierro el maletero y me dirijo al asiento de copiloto. El taxista se sube y enciende el motor en cuanto termina de acomodarse en su asiento.

— ¿A dónde va?—pregunta.

—Al Aeropuerto de salidas internacionales.

—Está bien.

Empieza a conducir, mientras que yo me pongo a mirar por la ventana, metido en mis pensamientos, aunque más bien pensando en la reacción de Andy al ver que me he ido de Chicago así como así. Sin duda, se enfadará conmigo al llegar a Londres. Pero no es de las cosas que más me importen ahora.

Pasamos unos quince minutos en el coche, hasta que reconozco varios carteles que sé que me llevan al sitio donde estaba antes. Volteo a ver al taxista extrañado, pero me relajo al ver un cartel que pone 'Aeropuerto: 4 km.'

Idiota, Miller.

Vuelvo a descentrarme de lo que pasa alrededor, mirando nuevamente por la ventana. Reconozco sitios que he visto anteriormente, y para

cuando vuelvo a ver el cartel del comienzo de la Ruta 66, empiezo a preocuparme de nuevo. Puedo llegar a jurar que el Aeropuerto de salidas internacionales está en la otra dirección. Pasamos el principio de la Ruta 66, lo sé ya que hay varios moteros que están junto a motos, alicates y llaves inglesas, dejándolas listas supongo.

Avanzamos unos minutos más, en los que mi preocupación aumenta de un nivel de menos de 50 a un nivel 100. ¿Por qué demonios este maldito taxista está yendo en dirección contraria?

Los minutos pasan. Hemos llegado a un lugar alejadísimo del centro, un lugar en el que cualquiera se podría llegar a perder con tan solo mirar lo que hay alrededor, ya que es puro y absoluto desierto.

Joder, ¿A dónde demonios va este hombre? Y como si me hubiera escuchado, para el coche, aparcando a un lado de la carretera. —Está bien chico, tu viaje ha terminado. Dame 200 dólares, coge tus maletas y bájate aquí mismo, a no ser que quieras que pase algo realmente fatídico.

Os imaginaréis mi reacción, con lo que me reservaré a contar lo niñita que me puse de un momento a otro, tan rápido que le doy los 200 dólares, cojo mis maletas y veo cuando ese maldito taxista se aleja de donde estoy.

El taxista ladrón y estafador se va, dejándome solo en alguna parte de la Ruta 66. En medio de la carretera, a la total y pura intemperie.

Ugh, Miller. ¿Qué demonios has hecho para recibir esto?

Capítulo 3

Capítulo 2: The boy and the change of plans.

Leila:

Domingo.

Una canción de *Blink-182*, la cual es *Always* suena fuertemente, haciendo que de vez en cuando de un par de palmaditas en el volante, debido al ritmo.

Han pasado unos cuantos minutos desde que ha amanecido, en los que varios moteros o coches pasan por delante de mí. Sin embargo, me mantengo en los 80 km. por hora, ya que aún queda bastante para que llegue a mi primera parada que es algún restaurante típico de carretera, para nada más y nada menos que desayunar.

Always acaba y el modo aleatorio hace que empiece *What's My Age Again?*, haciendo que una sonrisa se ponga en mis labios.

La canción continúa, mientras voy mirando lo que se encuentra a mi alrededor, que es prácticamente muy poca cosa, solo hay coches a mi lado y no es de menos, ya que ni siquiera nos hemos adentrado en la carretera que nos lleva al desierto.

(...)

Todo repentinamente a medida que voy avanzando se va nublando, y con todo me refiero al cielo. He dejado al fin la ciudad atrás y ahora me adentro en una carretera nueva, una que me llevará directamente al primer lugar donde voy a pasar la noche, Springfield.

Me fijo en el cielo, lo nublado que está y con la pinta que tiene que se avecina lluvia. No me es del todo incómodo que llueva, con lo que, vuelvo mi atención a la carretera encontrando a lo lejos un punto negro, en el que varias motos o coches pasan y en los que al parecer, van alzando las manos cuando pasan a su lado.

A medida que me acerco, distingo que el punto es una persona. Veo por el espejo retrovisor que ningún coche esté detrás de mí y para cuando paso al lado de la persona me doy cuenta de quién es. No es más que un chico sentado encima de una maleta y al lado otra más pequeña. Se ve perdido e incluso, con miedo. No me extraña, pero ¿Qué demonios hace ahí? Bajo repentinamente la velocidad a 30 y antes de que me dé cuenta siquiera, freno el coche y doy marcha atrás mientras abro la ventanilla del copiloto.

— ¿Necesitas ayuda?

Para cuando el desconocido alza la cabeza, me encuentro con un chico de tez blanca, de ojos claros y con el flequillo que yo llevé alguna vez en mis tiempos de adolescente. Sencillamente un chico. Y vaya con él. Me mira extrañado durante unos largos segundos, hasta que asiente un poco.

— ¿A dónde ibas, chico?

Se aclara la garganta, antes de levantarse de su asiento improvisado y darme cuenta de que debe medir al menos 1'90.

—Mmm... Tenía pensado ir al Aeropuerto, sólo que ha pasado una larga historia.

Su acento totalmente británico hace que alguna parte de mí se asombre, y es que, ¿Cuántas posibilidades hay de que pase algo parecido a lo que está ocurriendo? Obviamente, ninguna. Pero la pregunta aquí es, ¿Debería dejar que suba?

Parece que mi subconsciente quiere hacerlo, ya que hay un permanente sí que se repite durante unos segundos en mi cabeza.

—Me apetecería escucharla, sube anda.

— ¿En serio?—asiento. —Oh, gracias. —se aparta el flequillo de su frente y coge sus maletas, llevándolas hacia la parte trasera de la camioneta.

Cuando se sube al asiento de copiloto me permito el poder verlo más que antes. Su cara no muestra más que el que está terriblemente frustrado, unas ojeras se encontraban bajo sus ojos claros, los cuales no parecen del todo despiertos, aunque me percató también de los pendientes que lleva en cada oreja y en la línea recta que forman sus labios, los cuales se estiran un poco, supongo que en un intento de sonrisa. Él me mira de igual manera después de haberse puesto el cinturón de seguridad. Aparto la mirada al comprobar todo el contacto visual que hay, mientras enciendo el motor del coche y quito el freno de mano.

Nunca he sido buena a la hora de mantener miradas y mucho menos, las de desconocidos.

Después de unos minutos en la carretera en los que simplemente se escucha una canción de *Green Day*, la cual es *21 Guns*, vuelvo a mirarle.

—Así que... ¿Cómo te llamas?

—Soy Austin. —dice, mirándome también. —Austin Miller. —un apellido inglés para un chico inglés. Joder Leila, la palabra cliché no aparece en tu diccionario. — ¿Y tú eres?

—Leila. —digo, mirando por el espejo retrovisor.

—Leila. —repite el desconocido con un acento que hace que se note que no ha escuchado mi nombre en su vida. — ¿De dónde eres?—parece que se le ha escapado, ya que acto seguido se pone bastante nervioso, a mirar por la ventana.

Seguramente debe estar pensando que su pregunta ha sonado como si fuera un entrometido. Y tampoco piensa mal.

—Nací en las Islas Canarias.—sonrío.—Un lugar que probablemente no hayas escuchado hablar acerca de su existencia, pero para aclararte sobre dónde soy en cuanto a país, soy de España.—él me mira sorprendido, sonriendo un poco.

—Yo soy de Inglaterra. —oh, ni me había percatado. —Aunque supongo que lo habrás supuesto. —me río.

—Y bien. —cambio de marchas, presionando el acelerador y mirando a Austin nuevamente. —Cuéntame tu historia.

—Oh, claro. —se aclara la garganta. —Estaba en el centro de Chicago, justamente en donde es el comienzo de la ruta, pedí un taxi y decidí volver al hotel en donde estaba. Después de eso, cogí mis cosas y volví a pedir otro taxi para que me llevara al Aeropuerto, solo que éste me llevó a esta carretera que ni siquiera sé si está lejos de la ciudad o no. Y bueno, me dijo que cogiera mis cosas, que le diera una suma de dinero, y lo demás creo que es una historia sin importancia. —me es inevitable el no mirar con pena al pobre chico.

— ¿Quieres un nuevo consejo?

—Claro.

—Nunca, nunca cojas taxis con pinta sospechosa en Estados Unidos, a no ser que sea en Nueva York, allí creo que todos son buenas personas.

Él se ríe un poco, algo así como una simple carcajada.

—Lo tendré en cuenta, gracias. —mira un momento por la ventana y a los minutos vuelve a observarme, aunque no del todo. — ¿Tú... a qué sitio vas?—tal es su inocencia al formular la pregunta que me río.

—Yo voy a Los Ángeles, chico.

—Oh. —dice él. — ¿Puedo preguntar por qué?

—Claro. Es porque yo sí tengo pensado hacer la Ruta 66. ¿Tú ibas a volver hoy a Inglaterra, no?

—En realidad... no. Solo pretendía huir de Chicago. Me estaba agobiando, y bastante.

—Concuerdo contigo, chico desconocido. —él se limita a formar una línea recta con sus labios, algo así como una sonrisa sin mostrar sus dientes.

—Puedes llamarme Austin, no hay problema. —sonríe.

—Estaba esperando a que me lo permitieras, "Austin". —sonríe.

—Y bueno, ¿Has venido solo o tienes algún sitio donde pueda dejarte y que luego puedan venir tus amigos a buscarte?

—Mi móvil está apagado, y en cuanto a mis amigos aquí, mañana vuelven a Reino Unido y lo más probable es que no estén del todo contentos conmigo por dejarlos tirados. Aunque no te preocupes, en serio. Lo que menos quiero hacer es incordiarte.

—Propio de los ingleses. —sonríe. —Sois tan educados.

—Un encanto natural, supongo. —me río un poco.

—Ahora en serio, no te preocupes. Siempre puedo quedarme en la primera cafetería que veamos y encontrar algún teléfono...

—Tienes y no tienes suerte. —su cara de confusión aparece, o eso creo.

— ¿Por qué?

—Yo también voy en busca de una cafetería, pero encontrar una va a ser cuestión de suerte y de tiempo en la carretera, quizá un largo tiempo... y tranquilo, no hay problema en llevarte a una. Solo espero que te gusten los discos de música que se van a ir escuchando.

Él mira hacia el frente, analizando los discos y sonriendo a medida que los va viendo todos. Doy un suspiro internamente.

—Son buenos. —suelta. —*Blink-182, Green Day y Fall Out Boy*, no están nada mal para pasarte horas y horas aquí.

—Hasta que alguien al fin lo comprende. —sonríe. — ¿Sabes? Por eso te has ganado el que me caigas bien, desconocido. —vuelvo a mirarle, y

éste, está sonriendo.

(...)

Entre Austin y yo las palabras han frecuentado. Nos hemos preguntado lo que se preguntan un par de desconocidos un poco antisociales. Lo que es prácticamente... casi nada.

Se ve estresado, metido en sus pensamientos, aunque el cansancio se nota en él a simple vista y sin duda alguna no me extraña.

Mi poca concentración en la carretera hace que abra y achine mis ojos rápidamente, comprobando si estoy en lo correcto y estoy viendo una cafetería cerca a donde estamos.

—Oh, ¡Mira!—exclamo, haciendo que Austin mire hacia donde yo estoy mirando.

Después de seis horas de viaje, casi ya a la una de la tarde, vemos un gran cartel que pone «*Rudy's Café*». Presiono el acelerador, cambiando nuevamente de marchas y voy bajando hasta llegar a la segunda, ya que hemos llegado a la zona de aparcamiento del local. Apago el coche y cojo mi bolso de la parte trasera. Una vez que compruebo que las cosas que tengo en el bolso son las necesarias, abro la puerta y bajo del coche. Cierro la puerta y veo que Austin está fuera del coche también y le pongo seguro. Voy caminando hacia la entrada del local mientras desbloqueo mi móvil, con mi típica mirada baja, ojeo los mensajes que me han enviado Alex y mis padres.

Todo bien, hasta que me doy de bruces contra Dan al intentar pasar los dos por la puerta. Que épico todo.

—Perdona mi torpeza extrema, en serio.

—No hay problema. —dice, riéndose un poco. —Pasa tú primero.

Bloqueo mi móvil, lo guardo en mi bolso y entro al local seguida de Austin. Al entrar observo rápidamente el local y me dirijo a la barra la cual está más que desierta, ya que las personas se han repartido por todas la mesas que hay. Presto atención a la música, dándome cuenta que se trata de un clásico del género de *rock n' roll*, que suena a un volumen medio por toda la cafetería.

Me siento en uno de los asientos de la barra. Austin se sienta a mi lado, comprobando si hay algún enchufe donde cargar su móvil y lo hay, solo que está justo enfrente de mis rodillas. Genial, Leila.

—Aquí hay uno, siéntate aquí, no hay problema.

—Gracias.

Enchufa su cargador al móvil, y este al rato se enciende, absorbiendo a Austin y a toda su atención. Miles de notificaciones empiezan a aparecer, de *Instagram* por y comentarios, de *Twitter*, por favoritos y *retweets* y eso sin contar con todo lo de *Youtube* e incluso, *Tumblr*.

—¿Eres bastante popular en la Universidad o eres un famoso, que tiene muchísimas *fans*?

—Algo así como lo segundo.

Mi confusión mental aparece, aunque antes de que pueda decir algo, un chico joven se nos acerca, junto con una libreta.

—Buenos días... oh, bueno, más bien tardes. —dice, mirando su reloj. — ¿Qué puedo servirles?

—Yo quiero un batido de frutos del bosque. —digo.

—Está bien, ¿Y usted?—mira a Austin y éste sin levantar la mirada, dice:

—Un vaso de agua, por favor.

El chico ni lo apunta y se va, no sin antes rodar los ojos. No me sorprendería que le escupiera en el agua. Sin prestar más atención, miro la carta en un acto involuntario. Después de unos minutos, Austin lanza un suspiro y algo así como un «Ugh», lo que hace que le mire.

— ¿Te han hablado tus amigos?

—Sí, aunque no tanto como hablar precisamente. Se han puesto histéricos, luego preocupados y al final, enfadados. ¿Es eso un cúmulo de emociones normal?

—Solo soy astrónoma, pero creo que sí. Son tus amigos, yo también tendría esa reacción tan bipolar.

— ¿Eres astrónoma?

—Terminé la carrera hace unos cuantos meses, ya que hice la tesis en Enero, con lo que sí. ¿Tú estudias en Inglaterra?

—No exactamente. Pero es otra larguísima historia.

—Podríamos mantenerla en la papelera si te molesta hablar de ella.

—Vamos a dejarla en pendiente. —sonríe. —Si te parece, claro.

—Entonces, en pendiente.

Austin vuelve su atención a su móvil y después de unos minutos, desconecta el enchufe rápidamente y corre hacia afuera.

(...)

Springfield: 2 km.

La noche se ha hecho presente y *Twin Skeleton's (Hotel In NYC)* de *Fall Out Boy* suena fuertemente. Austin sigue serio. Está así desde que discutió con Andy, su compañero de piso y al parecer, mejor amigo. Pese a que hayan pasado unas ocho horas desde que estuvimos en la cafetería, Austin habla de vez en cuando y me pregunta sobre la Ruta 66, sobre cuánto tiempo se tarda en hacer, sobre los estados por los que pasa, sobre los sitios conocidos que se ven, etc.

Así hemos pasado las siguientes horas en la carretera, hablando sobre el motivo por el que estoy aquí. No he querido preguntar por su discusión, porque pese a todo sigue siendo un desconocido con mala suerte en diferenciar a los taxistas estafadores de los que sí son taxistas.

Miro hacia la oscura pero iluminada noche, sintiéndome durante un momento contenta de poder contemplar tan bien las estrellas. Distingo a la Osa Mayor, Menor y a mi favorita, Orión.

— ¿Cuál es la que miras tan maravillada?—dice Austin, de repente.

—Orión, mi constelación favorita.

—Créeme, soy muy malo en Astronomía. —me río. —Oye, ahora que lleguemos a Springfield, después de instalarnos en el hostel y todo eso, me gustaría comentarte algo.

—Está bien.

Springfield 1 km.

Después de unos cuantos metros más en los que la música de la radio se hace presente, vemos a lo lejos una ciudad bastante iluminada. Le digo a Austin que me dé mi móvil y cuando me lo da, miro en él la dirección del hotel.

Los minutos pasan, hasta que llegamos a la ciudad de Springfield, mirando las calles para saber que estamos en la dirección correcta. Después de unos minutos de búsqueda, al fin llegamos al hotel, en donde aparco en la zona que tienen exclusivamente para los clientes.

—Llegamos. —digo bajándome del coche rápidamente, mientras estiro mis piernas.

Bajo una de mis maletas de la parte de atrás y Austin baja una de las suyas. Le pongo seguro al coche y acomodándome mi chaqueta enorme, me voy dirigiendo hacia la entrada del hostel. Entramos en el vestíbulo, mientras me encamino hacia donde están los recepcionistas.

—Buenas noches. —dice uno de ellos sonriendo. Era un chico alto, rubio, pero sin demasiada pinta de ser americano. — ¿En qué puedo servirle?

—He reservado una habitación, hace más o menos unas dos semanas y bueno, la reserva era para tres días.

—Sí. —sonríe. —Tu nombre es...

—Leila Parks.

—Sí, era habitación para uno, ¿No?—asiento. — ¿Lo pagarás con tarjeta o efectivo?

—Efectivo. —saco mi billetera, le doy el dinero correspondiente que sé que es la estancia y él lo coge rápidamente, poniendo los billetes a un lado, y dándome una llave con el número 154.

—Que disfrutes tu estancia, Leila.

—Gracias. —sonríe sin mostrar mi dentadura y me alejo.

Cojo mis llaves, acomodo mi bolso y con una de mis manos llevo mi maleta. Alzo la mirada buscando a Austin y lo encuentro en medio de dos chicas bastante emocionadas, con las que se está tomando fotos. ¿Que mie...?

Se despiden de él alegremente y él vuelve tan normal hacia donde estoy.

—Ya tengo mi habitación. —digo. —Así que, si eso... nos vemos luego para hablar sobre ese algo que querías decirme.

—Está bien. —dice él. — ¿Cuál es tu número de habitación?

—La 154.

—Estaré allí en... cuarenta minutos.

—Genial. —sonríe.

(...)

Me dirijo a la puerta luego de escuchar unos golpes, arreglándome el pelo en un moño mal hecho con varios mechones cayéndose a los lados.

La abro y veo a Austin, con el pelo húmedo al igual que el mío, un jersey y unos pantalones de dormir negros. Jo-der.

—Hey, Austin.

—Hey.

Nunca me había percatado de lo baja de estatura que me hace sentir este chico. Y es que, madre mía, me debe sacar unos veinte centímetros. Supongo que eso se verá adorable en algunos casos, o eso espero.

—Pasa, anda. —me hago a un lado y recojo las bolsitas de té y azúcar esparcidas por el suelo, pero al chocarme con una de mis *Vans*, éstas vuelven a caerse. —Joder. —Austin se ríe un poco.

— ¿Comprendes lo que es tener unos malditos dedos de mantequilla, Austin?

—Créeme, soy un experto en tirar cada y una de las cosas que me rodean.

Una vez que pongo el cuarto más decente, me siento al lado de Austin, con la taza de té verde y menta entre mis manos.

—Bien, antes que nada lamento el desorden.

—No es nada, no quisieras ver mi habitación. —reímos.

—Soy toda oídos.

—Bueno... sobre ese algo del que te quería hablar es que... en fin, creo que debería empezar sobre la discusión que he tenido con Andy. Él y yo ahora mismo... prácticamente no nos hablamos, con lo que, supongo que él estará pensando que ya debo de estar en un bus o algo así en dirección a Chicago centro, ya que ellos se van mañana, pero ya ves que no. Así que, sin ir más lejos, iré al grano. Estoy cansado de esa vida rutinaria que llevo en Inglaterra.

Le miro, quizás analizando en sus facciones lo que quiere llegar a decirme, sin embargo, sólo se me ocurre una cosa.

—Tengo ese no sé qué de ver y descubrir nuevas cosas, y me has caído bastante bien con lo que... ¿Podría acompañarte en todo tu viaje en la Ruta 66?

Sin duda, no me lo esperaba.

Capítulo 4

Capítulo 3: Rainy day in Springfield.

Leila:

Lunes.

Sonidos de gotas chocando contra el piso fuerte y ruidosamente suenan al otro lado de la ventana. Yo miro todo desde mi habitación, específicamente desde el otro lado del cristal, envuelta en una sábana, abrazándome a mi misma mirando las gotas de lluvia atentamente. Mientras que una canción de James Bay suena de fondo, camino hacia mi cama, empezando a arreglar lo que se encuentra encima de ésta.

A las ocho y media de la mañana, cuando todo estaba oscuro, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Una simple llovizna que me llegó a relajar e incluso a disfrutar de mi primer día de esta aventura. Después de eso, empezaron las gotas de verdad, tantas y tan grandes que no se llega a distinguir nada de lo que se encuentra fuera, y por más que quiera salir a conocer la pequeña ciudad de Springfield, mi día turístico se declara oficialmente cancelado.

Mine de Taylor Swift me sorprende mientras doblo un par de camisetas y las guardo en mi maleta. Sonrío sin pensármelo si quiera, ha pasado tiempo desde la última vez que escuché esta canción. Un cúmulo de sentimientos resguardados salen a la luz en cuanto escucho el estribillo. Subo un poco el volumen, quitándome la toalla de mi cabeza y sacudo mi pelo corto de un lado al otro. Vuelvo a envolverme en la misma sábana y justo cuando me dispongo a ir de nuevo a observar la lluvia, varios golpes suaves en mi puerta me sorprenden. Camino a un paso ligero hacia ésta y tengo que levantar un poco mi mirada para comprobar que es una chica de la limpieza.

—Oh, perdona. Me quería asegurar que había alguien.

—No pasa nada. Hoy no tienes que pasar por aquí, gracias. —respondo. Ella asiente y sigue caminando, comprobando en la siguiente puerta si hay alguien. Empiezo a cerrar la puerta de mi habitación y cuando la cierro del todo pienso en Austin, aquel británico con acento marcado me había sorprendido mucho, tanto que había acabado sorprendiéndome a mi misma al haberle dicho que le dejaría venirse conmigo hasta Los Ángeles.

Hablamos de un par de temas en los que él conoció un poco más la Ruta 66, así hasta que nos dimos las buenas noches y él se fue contentísimo (por mi respuesta, supongo), y yo me quedé en mi habitación. Sin embargo, como siempre acabo diciéndome, lo hecho, hecho está.

Las gotas de lluvia chocan fuertemente contra el gran ventanal que se encuentra a mi lado a causa del viento que se ha desatado de repente. Genial, el tiempo mejora. Suspiro fuertemente, quitando todo tipo de confusión conmigo misma en este momento. Camino hacia el pequeño

sofá que se encuentra frente a la ventana, no sin antes coger mi móvil de encima del escritorio y ver unas cuantas notificaciones en *Twitter* bastante extrañas, ya que tienen que ver con el británico.

Como si fuera loco el destino, un par de golpes se escuchan en mi puerta antes de entrar a mi *Twitter*. Me levanto del sofá y camino rápidamente hacia la puerta esperando a otra chica de la limpieza, sin embargo, es Austin, el cual sonríe con su hasta ahora, típica sonrisa, aquella que no muestra su dentadura. Le sonrío de igual manera.

—Espero no haberte despertado. —dice.

—No, tranquilo, la alarma lo hizo hace un par de horas. ¿Te apetecería pasar?

—Claro. —en cuanto lo dice, me aparto a un lado. Cuando cierro la puerta detrás de mí veo que Austin está con su ceño fruncido, mirando la imparable lluvia que se encuentra al otro lado del cristal. Me acerco hasta llegar a su lado y es cuando él me mira con una mezcla de confusión y asombro mientras señala con uno de sus largos dedos a la lluvia, a lo que yo simplemente me encojo de hombros. Sin duda, llueve. Llueve demasiado.

— ¿Piensas salir con esta lluvia?

— ¿Allí en Inglaterra no salen con esta clase de lluvias?—él se ríe un poco, mirando nuevamente hacia la ventana.

—En Inglaterra, esta clase de lluvia no te pilla cuando estás a punto de salir de tu casa, te pilla en plena calle, con lo que, nos sorprenden de la nada, más bien.

—Debí haberlo supuesto, perdona. —él asiente, restando importancia al asunto. —Respondiendo tú pregunta. —digo. —Pensaba salir cuando era una simple llovizna hace una hora, pero ahora supongo que me tendré que quedar aquí.

— ¿Y qué tienes pensado?

—Mmm... Nada realmente. No me esperaba esta parada por lluvia en tan solo el primer día. —suspiro, sentándome en el sofá nuevamente. —Sin embargo. — podríamos ir a los museos.

—Están cerrados. —musita Austin, sentándose al lado mío.

— ¿Cómo sabes eso?

—Fui a recepción antes de ir a desayunar, le pregunté a una de las recepcionistas si con la simple llovizna que había podríamos ir a los museos, pero al parecer no.

—Para tres lugares turísticos que hay aquí.

—Será mala suerte. —dice Austin, a lo que me río un poco.

—O karma quizá.

—Todo un misterio. —su tono siniestro hace que nos riamos juntos durante unos segundos.

Después de eso, un silencio se hace presente, en el que los dos miramos las gotas de lluvia.

—De todos modos, ¿Qué tal te encuentras?—él se encoge de hombros, dándome una mirada rápida de reojo.

—Vamos. —vuelvo a decir. —Después de la discusión de ayer con ese tal Andy, no todo pinta tan bien.

—Da lo mismo. —dice él, suspirando un poco. —Andy debe estar volando a Inglaterra ya.

—Déjalo pasar, ya verás que con un poco de tiempo, quizá llegue a comprender por lo que estabas pasando allí. —él sonríe un poco, nuevamente encogiéndose de hombros.

—En serio, gracias, pero ahora ya da lo mismo. —asiento.

—Propongo algo. —digo, dándome cuenta de que no sé nada sobre Austin, al igual que él no sabe nada sobre mí y que al parecer, vamos a estar durante estos tres meses juntos recorriendo Estados Unidos.

— ¿El qué?

—No sé nada acerca de ti.

—Yo tampoco sé nada sobre ti.

—Propongo el conocernos un poco más.

Él asiente sonriendo. Nos acomodamos en los sofás, yo con mis piernas cruzadas al estilo indio y él con su cabeza y brazo izquierdo recostado en el respaldo del sofá. Me permito el observarle mejor que las anteriores veces, percatándome de la poca apariencia de británico que tiene. Pero aún así, vaya con él.

(...)

Pasada una hora, hablamos como si fuéramos más que unos simples conocidos y es que, ¿Qué harían las personas si no existiera la música, el cine, las series, los libros y los gustos en común?

Nuestras preguntas fueron algo así como, cuál es tu banda favorita, cuál es tu serie favorita, cuál es tu libro/saga favorita, por qué eres mi hermano gemelo perdido, etc. La mayoría de las veces coincidimos así que mi subconsciente no deja de decirme que no ha sido tan mala idea haberle ayudado.

— ¿Sabes qué?

— ¿Qué?—dice él.

—Quizá tenemos suerte y coincidimos con algún concierto de *Fall Out Boy*. Si nos coincide, podríamos ir.

—Está hecho.

Una canción lenta y melodiosa suena por toda la habitación. La reconozco, es *The Answer* de Kodaline. Sonríe un poco.

—Lo siento por seguir pensando en esto pero, ¿Qué pasaría si alguien te tocara el cuello?—Austin se ríe. —Soy un tanto curiosa, perdona.

—No pasaría nada realmente, pero es un dato que suelo incluir a veces en mis presentaciones.

Me río un poco, aunque hay un órgano dentro de mí que está de todo menos contento, y es que aquel té por la mañana después de yoga no me ha llenado para nada. Mi estómago ruge y Austin, que está concentrado en su móvil, levanta la mirada.

—No te he visto por el desayuno.

—No he ido. —declaro. —Me he despertado tarde. —miento, rogando que él me crea, y parece hacerlo.

—La lluvia ha parado. —vuelve a decir, acomodándose en el sofá y viendo

por encima del respaldo de éste. —Pese a que sigue nublado, creo que tardará en volver a llover.

—Entonces, ¿Qué te parece si vamos a pillar algo para comer?

En cuanto asiente con la cabeza, me levanto del sofá, cogiendo un par de prendas de mi maleta y entrando al baño. Me coloco rápidamente las medias que llegan hasta por encima de mis rodillas, unos shorts negros y una camiseta gris que veo que tiene una frase de Kurt Cobain. Termino de alistarme echándome un poco de agua en la cara y acto seguido, como de costumbre, poniendo la típica línea en la parte de arriba de mis ojos, un poco de rubor para resaltar mis mejillas y de toque final, mi labial oscuro favorito. Salgo, llevándome una mirada rápida de Austin que está observando por la ventana, aunque parece buscar un sitio entre las distintas casas que se encuentran acompañadas de un gran bosque a lo lejos.

—Al parecer, hay un restaurante buenísimo entre una de esas calles paralelas a la nuestra, sólo que me es imposible ver los carteles con los nombres de las calles.

—No te preocupes, podemos preguntar en recepción. —digo, poniéndome mis creepers negras.

Austin se aleja de la ventana dirigiéndose hacia la puerta y yo le sigo, no sin antes coger mi móvil, un abrigo y las llaves de la habitación. Cierro la puerta detrás de mí y empiezo a caminar junto con Austin por todo el pasillo, en busca del ascensor que se encuentra al final de un pasillo paralelo al nuestro. Miro mi móvil y compruebo que son las dos de la tarde, aunque distingo unas notificaciones en mi Twitter que me resultan extrañas.

Para cuando llegamos al ascensor, esperamos unos minutos hasta que éste para en nuestra planta y se abren las puertas. Entro y después de mí, Austin.

— ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. —digo.

— ¿Por qué ayer paraste? Habían pasado unos cincuenta coches antes que tú, y sin embargo tú paraste.

—Tengo algo que muy pocos tienen, supongo.

— ¿El qué?

—Sentido común. Hay una teoría, y es que quizá, esos cincuenta coches antes que yo, sus dueños eran meras personas de papel. ¿Lees John Green, verdad?—él asiente, sonriendo y justo en ese momento se abren las puertas, dándonos una vista de la planta principal.

(...)

Salimos del restaurante, riéndonos fuertemente, pero tan fuerte que siento que en cualquier momento voy a tener que sentarme. Sin embargo, seguimos caminando rápidamente, alejándonos lo más que podemos del local. A medida que caminamos hacia ninguna parte, Austin parece calmarse poco a poco, dando pequeños suspiros hasta que finalmente, para de reírse y tan solo sonrío.

—Eso ha sido lo mejor que he podido vivir nunca. —exclama, haciendo un énfasis con sus manos.

—Créeme, nunca había hecho algo así, es tan solo que... me salió del alma. —nos reímos de nuevo. —Oye, ¿Dónde estamos?

—Ni la menor idea. —responde Austin, mirando a ambos lados.

— ¿Es eso de allí el Capitolio de Springfield?

—Al parecer sí.

— ¡Vamos!—digo, cogiendo involuntaria e inconscientemente su mano.

Springfield se aprecia más en el atardecer que en el día, e incluso mucho más en la noche, cuando las luces de las farolas, los garitos y los semáforos resaltan, haciendo de ésta ciudad una vista impresionante. Suelto la mano de Austin cuando me doy cuenta que la sostuve todo este tiempo. Él asiente restando importancia, quizá pensando que estoy avergonzada, pero vamos, es tan solo un chico.

Caminamos hacia el Capitolio, ambos asombrados por tal maravillosa construcción. Cuando estamos lo suficientemente cerca, distingo la estatua de Lincoln, así que camino mucho más rápido, quedando a pocos metros de ésta hasta que finalmente la tengo delante mía. Sólo pienso en la primera frase que se me ha venido a la cabeza y cómo no, es de Abraham Lincoln.

□*Hago lo mejor que sé, de la mejor manera que soy capaz y pretendo continuar haciéndolo así hasta el final.*□

Y en eso, empiezan a caer las primeras gotas de lluvia, sorprendiéndonos tanto a mí como a Austin. Ambos le echamos una última mirada a todo y empezamos a caminar rápidamente hacia algún sitio donde refugiarnos, más que nada porque ninguno lleva paraguas.

Llegamos a un sitio que me resulta bastante conocido, y al final de la calle, distingo el hotel en el que estamos hospedados. Qué suerte la nuestra.

— ¡Austin! ¡Allí es el hotel!

— ¡Vamos!—dice, y ambos empezamos nuevamente a caminar con paso acelerado.

Después de un rato, casi a mitad de calle, estamos empapados, o más que eso, quizá. Ugh, ¿Por qué demonios estas gotas son tan jodidamente grandes? Cuando finalmente llegamos al hotel, entramos rápidamente, congelados, riéndonos y llenando toda la planta principal de agua. Nos dirigimos al ascensor, éste no tarda en llegar a la planta y en abrir sus puertas. Nos subimos casi a la misma vez, mientras que yo pulso la planta número cuatro. El ascensor para y salgo de éste, seguida de Austin, que está tiritando al igual que yo. Noto que está evitando que las puertas vuelvan a cerrarse poniendo uno de sus pies.

—Bueno, ¿Nos vemos mañana?

—Claro. —sonríó. —Aunque, antes que nada, ¿Qué te ha parecido este primer día en la Ruta 66?

—Impresionante, estupendo, genial, y podría seguir así, pero en serio, tengo frío.

Me río y con un movimiento de mano, me dirijo al otro lado. El británico con acento marcado, definitivamente me cae bien.

Capítulo 5

Capítulo 4: Last day in Springfield with surprises.

Leila:

Martes.

Punto de vista: Chica llena de arte.

Austin me mira al final del pasillo de uno de los museos históricos que nos hemos encontrado en Springfield, el cual es nada más y nada menos que la Casa Museo de Abraham Lincoln. Asiento, dándole una mirada de «ahora voy» ya que mientras él va a un paso medio rápido, yo voy a mi paso, mirando todo con detenimiento y admiración, sin poder creermelo que años y muchos años atrás, Lincoln había vivido aquí.

Unos rayos de sol se cuelan entre unas cortinas que se encuentran en el dormitorio, y sí, después de esas lluvias -o diluvios más bien- es irónico que ahora esté haciendo buen tiempo. Suspiro, dando una última mirada a todo y dejo a otro grupo de turistas detrás mío, diciendo cosas como: «Vaya aburrimiento de casa» o como: «Qué interesante que se conserve tan bien después de tanto tiempo».

Ruedo los ojos por las opiniones tan clichés y al cruzar un pasillo me encuentro con el final de la casa, que da a un jardín trasero. Busco a Austin con la mirada y lo encuentro un tanto alejado de los otros turistas que nos han estado acompañando, que están prácticamente masacrando al pobre guía con todo tipo de preguntas. Me río un poco y camino hacia donde está Austin, él me mira en cuanto llego a su lado.

— ¿No piensas lo mismo?—digo.

— ¿De qué?—dice Austin, mirándome con su ceño fruncido, notablemente confundido.

—Sobre el término admirar. —su expresión de confusión sigue. —Me recuerdas tanto a Quentin. —sonrío, metiendo las manos en mis bolsillos y empezando a alejarme de la casa/museo.

— ¿Eso era una especie de halago?—dice Austin en cuanto llega a mi lado.

—Tómalo como quieras. —digo, aún con una sonrisa.

Seguimos caminando, hasta que llegamos a mi camioneta y me subo al asiento de piloto, mientras que el británico con acento marcado en el de copiloto. No preguntéis por mi «nueva» manera de referirme a él, ya es una costumbre.

Enciendo el coche y conduzco a Head West, un restaurante de sándwiches muy típicos aquí al parecer. Austin está mirando por la ventana, viendo las largas calles repletas de casas, unas iguales a las otras.

—Es gracioso. —dice Austin, de repente.

— ¿El qué?

—El tiempo. Me estoy asando ahora mismo.

Me río al ver a Austin echar su pelo para atrás y abriendo una de las ventanillas tal cual menopáusica.

—Y Alex decía que los shorts no servirían para el viaje.

— ¿Alex?

—Mi mejor amigo. —digo. —Me parece raro que no te haya hablado de él.

—A veces se me olvida que tan sólo han pasado dos días desde que nos conocemos.

—Sí, pienso lo mismo. Extraño destino. —gruño. —Y, ¿Hay noticias de tus amigos?

—Cat. —frunzo el ceño y Austin se ríe. —Sí, se llama Cat. Bueno, ella me llamó ayer. Estaba preocupada, más que enfadada, aunque también lo estaba. Hablamos más tranquilamente, pero después empezó a decirme lo que debería hacer.—suspira, pasando otra vez la mano por su pelo, echándolo hacia atrás.—Todos se dignan a decirme que demonios había mal en mi vida y que ha pasado para que haya cambiado de la noche a la mañana, más cuando estamos tan estupendamente en la BBC y sobre todo, tan genial en cuanto a *Youtube*.—suelta Austin, molesto y es ahí cuando me siento mal, ya que a mí no me gustaría que me recordaran a cada rato que soy una persona incomprendida.

Sin embargo, mi ceño está fruncido. Mi confusión aumenta rápidamente, ya que no sé de qué demonios me está hablando.

—Perdona. —musito. —No debería ser tan cotilla...

—No es culpa tuya, más bien te tendría que seguir dando las gracias.

—No es nada. —respondo, encogiéndome de hombros.

Pasamos unos minutos en silencio, donde solo se escucha la música de la radio, y creo que es una canción de Ariana Grande la que está sonando.

El británico suspira y le miro de reojo, percatándome de que está mirando hacia un punto desconocido por la ventana.

—Oye. —dice Austin, después de unos minutos. — ¿No estás confundida?

— ¿Por qué habría de estarlo?

—Te he soltado tanta información de repente que no sé si hasta yo he llegado a captar y comprender lo que te he dicho.

—Solo tengo un poco de confusión, pero si es algo de lo que me quieras hablar más adelante, lo comprenderé.

Y después de eso, veo el cartel del restaurante a unos 10 metros. Me aparco en la zona que tienen para los clientes, apago el coche, quito las llaves y me llevo una agradable sorpresa, ya que Alex sale en la pantalla de mi móvil y eso significa que me está llamando. Cojo rápidamente mi móvil de la guantera y deslizo la barrita para ver que Alex está gritando del otro lado de la línea.

— ¡PEDAZO DE TROZO DE CARNE CON NEURONAS! ¡Te estoy extrañando!

Me empiezo a reír, dándole una última mirada de «ahora voy» a Austin antes de salir del coche y de encaminarme hacia la parte trasera del

coche.

— ¡Alex idiota!

— ¿Dónde está mi: «Te estoy extrañando a ti también, amor de mi vida, amigo inseparable, mi confidencia más importante, mi mitad de corazón, el que me hace disfrutar todas las no...?»

—Cállate. Se perdió de camino a Hogwarts. —Alex se ríe.

—Tan borde como siempre, genial.

—Solo han pasado dos días, dudo que en ese tiempo llegue a cambiar algo.

— ¿Y? ¿Cómo es Springfield, Illinois?

—Perfectamente igual a las fotos. —puedo imaginarme a Alex a la distancia dándose una palmada en la frente.

—Ay, ¿Qué voy a hacer contigo?—me río.

— ¿Tú que tal, Alex?

—Bien, con lo de las clases. Aunque, dato interesante ¿Sabes qué?

—Cuéntame.

—La señora Perkins me ha preguntado por ti. Se sorprendió hoy cuando me aparecí con tu telescopio.

—Mmm... Interesante.

—Bastante, ya que me ha empezado a echar los tejos cuando le dije que no éramos novios ni nada parecido. —estallé en carcajadas, apoyándome en la camioneta.

— ¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

—Que suerte la tuya, eh.

— ¿Suerte? A la mierda, tiene sesenta años, se va a jubilar. —me río nuevamente.

—Ay Alex, extrañaba tus nerviosismos.

— ¿Y tú? ¿Qué me cuentas?—suspiro fuertemente.

—Demasiadas cosas para dos días fuera, pero lo he ido conllevando con el yoga.

— ¿Qué ha pasado, Leila?

—Mmm... He hecho un nuevo amigo.

— ¿Qué?

—Lo que oyes. Y ahora me está esperando para almorzar juntos, así que llámame más tarde, te quiero. —le corto. Sí, yo siempre tan inesperada.

Me dirijo hacia el restaurante, abro la puerta y el aire acondicionado me recibe. Observo todo el restaurante rápidamente y veo a Austin en una mesa al lado de una ventana. Camino hacia allí y tan pronto como llego, un camarero se encuentra detrás de mí con una libreta y un par de cartas entre sus manos.

—Buenas tardes. —nos sonrío. —Aquí tenéis la carta de sándwiches. ¿De beber qué queríais?

—Yo una botella de agua. —dice Austin.

—Lo mismo. —digo sonriendo.

—Vale, ahora mismo estarán aquí.

Dan bloquea su móvil y me mira.

—Me gustaría comentarte algo.

—Soy toda oídos.

Pienso en la última vez que me dijo que le gustaría comentarme algo, cuando propuso acompañarme hasta Los Ángeles. A saber que será ahora.

—Sé que antes te quedaste confundida en cuanto a lo de la BBC y Youtube. —asiento. —Bien. Mmm... Soy lo que se puede decir...—suspira.

—No sé si te habrás dado cuenta ya, quizá lo has hecho...

—Austin, ve al punto.

—Soy lo que se dice una persona famosa o conocida para el mundo.

Recuerdo mis caras de confusión al verlo con esas dos chicas tan emocionadas, al ver que recibe miles de notificaciones al día, el por qué mi persona últimamente era vista por Twitter y sobre todo, mi última cara de confusión ahora cuando me dijo lo de la BBC y Youtube. Sin embargo, suelto un comprensivo:

—Ah.

Austin parece que alucina por unos segundos, hasta que sonrío sin mostrar su dentadura y dice:

—Ah.

— ¿Qué se supone que eres entonces?

— ¿Tienes tiempo para escuchar una larga historia?—encojo mis hombros, pero después asiento con la cabeza sonriendo.

—Empecé en Youtube hace bastante tiempo, en 2009. En ese entonces, solo pretendía tener un canal ya que los tres años pasados a ese, veía vídeos de otras personas haciendo *covers*. En 2010, empecé la Universidad, escogí Derecho. —frunzo mi ceño y él se ríe. —Sí, ni yo sé por qué demonios escogí Derecho, pero bueno, eso no viene mucho a cuento, con lo que...

—Sigue con la historia. —digo, riéndome un poco.

—No sé si lo sabrás o habrás pasado por ello, pero bueno, para complementar un poco sobre qué fue pasando en los años de mi vida universitaria, tengo que decir que el primer año fue un desastre. Sí, tal como suena. Allí se acostumbra a no hacer nada durante ese primer año y a... emborracharte hasta que te enfermas, con lo que, prácticamente, eso fue lo que hice.

—No me esperaba este lado de ti. —digo sincera, aunque esbozando una sonrisa. —Sin embargo, eres un maldito suertudo. Yo en primer año, no hacía más que estudiar como la *nerd* que era, con lo que, allí en España, ese tipo de desastre sólo se encuentra en algunos lugares. Igualmente, continúa. —Austin se ríe un poco al escuchar mi respuesta y después de un carraspeo de garganta, sigue.

—El siguiente año, Andy pasó a ser mi compañero de piso. Nos llevamos bien, después de todo, tenemos los mismos gustos y eso es lo más que necesitas en un amigo. —hizo un énfasis con sus manos en la última frase. —y bueno, a medida que iba en el segundo año de carrera, fue cuando vino lo que mandó, literalmente, a la mierda todo. —alzo una de mis cejas. —Yo lo suelo llamar «La crisis existencial».

— ¿Fue por algún motivo en sí?

—Simplemente, perdí los papeles.

— ¿Y qué hiciste?

—A eso iba. Después de tener esa crisis, decidí estar todo el año sin pisar la Universidad, dejando claro que odiaba Derecho, que lo encontraba terriblemente aburrido y horrible. No quería que mi vida fuera así, sin embargo, también sentí que era muy tarde para tomar otras elecciones. Todo se combinó y bueno, realmente no es nada agradable pasar por una de esas crisis. Seguí haciendo vídeos cantando, viendo como los suscriptores aumentaban y aumentaban hasta que, cuando menos me di cuenta, ese año había sido totalmente dedicado a *Youtube*.

—Y es ahí...

—Sí. Es ahí donde empecé realmente a ponerme en serio con Youtube. Si no recuerdo mal, esto de ponerme en serio fue cuando en el verano nos llamaron de la BBC Radio 1 para hacer un show. Nos mudamos a Londres, y fue ahí cuando empezamos con esto de llevar tanto lo de *Youtube* como lo de la BBC, y más cuando nos dijeron si queríamos aceptar hacer un show todas las semanas. Ya después de eso, llegué al millón de suscriptores. Y así, hasta ahora. —me quedo callada, con ambos codos encima de la mesa, entrelazando mis manos.

—Wow.

— ¿Sí, verdad?

— ¿Y por qué?

— ¿Por qué, qué?

— ¿Por qué te ha vuelto a estresar tu vida de nuevo? Tal como me la cuentas parece una vida bastante interesante.

—Tú misma lo has dicho, lo parece. Créeme, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le conté a alguien mi historia. Si me hubieras encontrado hace dos años, te diría que soy el sol de los Teletubbies, pero no.

—La vida que llevamos no es la suficiente a veces, ¿No?—Austin niega con la cabeza, dejándose caer en el respaldo de la silla. —No soy nadie para juzgarte, Austin, pero agradezco el que me hayas contado esto.

—Después de todos los días que lleguemos a estar juntos, supongo que te habrías dado cuenta.

— ¿Y qué piensas hacer?

—Despejarme. De todos modos, todo está hecho.

— ¿Cómo crees que sea esto para la gente que sabe de tu existencia?

—Me hace gracia que les llames «gente que sabe de tu existencia» y no directamente «seguidoras» o «*fans*».

—Supongo que sé que no te consideras lo suficientemente famoso como para tener que llamar a la gente que sabe de ti como la mayoría de los famosos. —Austin asiente, algo sorprendido.

El camarero se vuelve a acercar a nosotros, con lo que, observo rápidamente la carta y pido el especial de la casa, al igual que Austin. Después de anotarlo, nos deja las dos botellas de agua y vuelvo a mirar a Austin, que se está sirviendo agua en uno de los vasos coloridos que también ha dejado en la mesa el chico.

— ¿Es raro eso de tener que parar para tomarte fotos con personas?

—Puedes tomártelo como quieras. Tampoco soy Harry Styles ni nada por

el estilo. —me río, hasta que termino sonriendo.

—Joder, Austin. ¿Sabes qué?

— ¿Qué?

—Me caes bien, y no lo digo porque seas famoso ni nada de esas mierdas, lo digo porque en tan solo dos días has hecho que me sienta bien con un completo desconocido. Nadie había logrado eso, te mereces un *Récord Guinness*. —él tan solo sonríe.

—Supongo que ahora somos amigos o compañeros de carretera.

—Supongo. —digo. —Aunque sigo pensando que la palabra "cliché" no está en mi vocabulario.

— ¿Por qué?—dice, frunciendo su ceño.

—Porque pensaba que me haría amiga de moteros empedernidos, no de un británico con acento marcado. —Austin hecha una carcajada, y yo le acompaño a los segundos.

— ¿Así que tengo el acento marcado?

—Bastante, sin embargo tienes suerte. El acento británico es mi favorito.

Austin alza sus cejas mientras sonríe, bebe un poco de agua y a los pocos minutos de estar callados, el camarero se aparece con los dos sándwiches.

—Buen provecho. —dice éste, guiñándonos un ojo.

(...)

Saco mi cámara, tomando un par de fotos a lo que queda del atardecer en Springfield. Hoy es nuestro último día aquí, ya que mañana nos dirigimos a un nuevo sitio, el cuál es St. Louis. Austin y yo hemos seguido hablando, sólo que la confianza de dos completos desconocidos ha subido a la de dos amigos empezando a conocerse. Nos contamos experiencias en la Universidad, donde le cuento el por qué me trasladé a Estados Unidos en el tercer año, lo cual es muy sencillo de explicar, ya que tan solo necesitaba un cambio de aires. Un gran cambio de aires que me llevó al continente que cruza el Atlántico.

—Decidí trabajar durante un tiempo. —digo. —En una tienda *vintage*, donde sorprendentemente me pagaron bastante bien, con lo que reuní dinero y con la ayuda de mis padres, me fui a Chicago. Allí conocí al idiota de Alex, mi mejor amigo, ¿Ya te hable de él, cierto?—Austin niega, pero luego añade:

—Bueno, sé eso, que es tu mejor amigo.

—No hay mucho que contar. Nos conocimos oficialmente cuando en una fiesta que organizaba alguien de clase, ambos empezamos a cantar y a bailar *Dancing Shoes* de *Arctic Monkeys*, borrachos y perdidos, obviamente.

—Supongo que habrá alguien que piensa que eso es una "*Friendship Goals*".

—Supongo. —digo, riéndome ante su comentario. —Después de eso, empezamos a hablar. Hablábamos todos los días a todas horas, contándonos tonterías, hasta que después de varios meses de amistad,

decidimos vivir juntos, ya que él tenía una habitación libre en su apartamento. Así, hasta ahora que hemos terminado la carrera y él se ha puesto a hacer un máster.

—Astrónomos, ¿No?—asiento. — ¿Y qué hay de ti? ¿Por qué has elegido esa carrera?

Suspiro, soltando un poco de vaho que se mezcla con el aire frío de la noche.

—De pequeña, siempre solía tirar una manta en mi terraza, solía echarme en ella y admirar los días de cielos oscuros, despejados, llenos, repletos de estrellas. Un día, mi padre me descubrió aquella manía a la que me había acostumbrado, se echó a mi lado y empezó a decirme las constelaciones una por una. Días después, mi madre también descubrió mi manía y ésta solía decirme bonitas filosofías acerca de las constelaciones, diciéndome que las estrellas habían sido creadas para ser admiradas, creadas para contemplar y sacar propias conclusiones de por qué están ahí. Ese es el punto de filosofía, claro. Después de un tiempo, ambos me obsequiaron un telescopio. Ahí comenzó todo. Siempre estuve entre estudiar Astronomía, Filosofía o Medicina. Curioso, ¿No? Tres carreras que no tienen nada que ver ni de lejos, pero que sin embargo, eran mis grandes pasiones.

Sé que Austin me mira atento, contemplando cada palabra que digo, así que cuando termino de decir todo, vuelvo a echar vaho.

—Una vez. —dice él. —Mi madre, que es filósofa, me dijo que las personas con mentes más variadas e imposibles, son las que están más llenas de arte. Creo que he comprendido un poco a que se refería. —sonríó.

(...)

Austin se despide con una mano y las puertas del ascensor se cierran, con lo que me doy media vuelta y camino hacia mi habitación. Llego a ésta y busco las llaves en mi bolsa de tela, en cuanto al encuentro, abro la puerta y veo mi ordenada habitación. Agradezco infinitamente a las chicas de limpieza del hotel.

— ¡Leila!—un Austin alterado, camina rápidamente hacia mi puerta, la cual estoy a punto de cerrar.

— ¡Austin!—digo también. Él tan solo sonríe un poco.

—Oye, ¿A qué hora salimos a St. Louis mañana?

—Mmm... ¿A las doce te parece bien?

—Estupendo.

—Okay.

—Okay. —dice él, a lo que sonríe un poco.

— ¿Lees John Green, verdad?

—Dato de última hora que acabas de descubrir.

—Buenas noches. —digo.

—Hasta mañana. —sonríe él, y ahora sí que cierro la puerta.

Camino a un paso moderado a mi móvil, marco el número de Alex

rápidamente y en cuanto contesta, nos decimos a la vez:
— ¡Necesito hablar contigo!